

TRACY  
BROGAN

Mi  
segunda  
primera vez

BELL HARBOR

amazon crossing

Título original: *Crazy Little Thing*

Publicado originalmente por Montlake Romance, Estados Unidos, 2012

Edición en español publicada por:  
AmazonCrossing, Amazon Media EU Sàrl  
5 rue Plaetis, L – 2338, Luxembourg  
Diciembre, 2015

Copyright © Edición original 2012 por Tracy Brogan

Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2015 traducida por María Garín

Imagen de cubierta por © Ulf Huett Nilsson/Getty

Diseño de cubierta por: Pepe *nymi*, Milano

ISBN: 9781503953499

[www.apub.com](http://www.apub.com)

*A mi maravilloso esposo, que siempre creyó que lo lograría, incluso cuando yo no estaba segura del todo. Y a mis maravillosas hijas, que dicen que quieren ser como yo. Confío en que sea una broma*

Tracy Brogan

# MI SEGUNDA PRIMERA VEZ

*Traducción*

María Garín

amazoncrossing 

## LA AUTORA

Número uno en las listas de superventas, tanto de romance contemporáneo como histórico, finalista del premio RWA RITA 2015, finalista como autora de la mejor novela romántica contemporánea 2013, superventas del *Wall Street Journal* (mejor primera novela de la lista) y en la lista de los 100 libros más vendidos de Kindle en los años 2013 y 2014, Tracy Brogan ha sido nominada en dos ocasiones al premio RITA que concede la Asociación de escritores de género romántico de Estados Unidos, en un principio por su primera novela *Mi segunda primera vez* (Mejor primera novela, 2013) y una vez más en el año 2015 por *Love Me Sweet* como mejor novela romántica contemporánea. Superventas de las listas del *Wall Street Journal*, ganó el codiciado Premio Diamond de Amazon Publishing y logró un puesto en el Top 100 de la lista Kindle tanto en el año 2013 como en 2014. Sus novelas han vendido más de un millón de ejemplares en todo el mundo y han sido traducidas al alemán, francés, italiano, holandés y japonés. También ha ganado en dos ocasiones el Premio Golden Quill por sus novelas históricas y contemporáneas (*Highland Surrender*) y el Premio Booksellers Best en la categoría de novela romántica histórica.

Brogan vive en Michigan, el estado en forma de guante, así que tiende a extender la palma de su mano para señalar su lugar de residencia. Comparte su hogar con su desconcertado marido, dos hijos que están maravillosamente por encima de la media y sus perros, muy estimulados intelectualmente. Tracy adora interactuar con sus lectores, así que, por favor, contáctenla en [tracybrogan@att.net](mailto:tracybrogan@att.net), o pueden visitar su página web [TracyBrogan.com](http://TracyBrogan.com). También

pueden averiguar más sobre ella en Facebook, en <http://www.facebook.com/AuthorTracyBrogan> o en [twitter.com/tracybrogan](https://twitter.com/tracybrogan).

# ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

# CAPÍTULO 1

Mi marido tenía una habilidad especial para meterla en los sitios más impredecibles. Así que no me sorprendió demasiado pillarle en una fiesta de trabajo con la mano debajo de la falda de una pelirroja de risa bobalicona y contoneos exagerados. O para que le colgara muérdago de la hebilla del cinturón. Aunque no estuviésemos en Navidad. De pronto, después de ocho años preguntándome si lo mío era paranoia o intuición, tenía la respuesta: Richard me estaba engañando y ya no podía seguir ignorándolo.

Probablemente tendría que haberle dejado antes, pero estaba ciegamente enamorada y, además, mi madre consideraba que el divorcio era una ordinariez, a pesar de que ella misma había pasado por uno. Quizás temía que no pudiera encontrar algo mejor. Resultó que no podía haber escogido mucho peor.

Exactamente un año, seis días y catorce horas después, Richard y yo firmamos en la línea punteada y nuestro matrimonio quedó disuelto, como se disuelve la sal de un cóctel margarita en la lengua, dejando el regusto de algo que empieza siendo dulce pero acaba siendo amargo.

Los detalles de nuestro sórdido divorcio nutrieron el voraz frenesí de la prensa local de Glenville. Richard era el hijo predilecto de la ciudad, al fin y al cabo, y todo el mundo quería un jugoso bocado para sus titulares de la noche. Su trabajo como presentador de las noticias del Canal Siete prácticamente le otorgaba el estatus de una celebridad y unos seguidores entregados. En cuanto a mí, de un solo

brochazo me dibujaron como la típica ama de casa cazafortunas que solo perseguía su dinero. Al parecer, solo yo recordaba el incidente con la pelirroja y, de algún modo, me convertí en la paria, la mala de una sola dimensión atrapada en el *reality show* de su propia vida. Así que cuando mi tía Dody me llamó para invitarme, junto con los niños, a pasar el verano con ella en el pequeño pueblo de Bell Harbor, en Michigan, su oferta resultó demasiado oportuna como para rechazarla.

—Necesitas una buena limpieza psíquica, Sadie —me dijo Dody por teléfono—, ha llegado el momento de purgar fuera de tu sistema todo el mal karma de Richard.

Yo no tenía la más mínima fe en esas absurdas creencias tuyas en el tarot, la guía de los ángeles o la cristaloterapia, pero necesitaba desesperadamente unas vacaciones. Y la oportunidad de esconderme. Aquella casa rosada de pizarra de la tía Dody, que se alzaba en lo alto de la colina con vistas al lago Michigan, era el lugar perfecto para descansar, reinicializarme y decidir qué demonios iba a hacer con mi vida en los próximos cincuenta años. Cierto es que pasados esos años probablemente estaría muerta, pero odio dejar las cosas al azar.

Conduje el todoterreno por las pequeñas avenidas de Bell Harbor, flanqueadas por hileras de olmos. Bajé la ventanilla, inspiré profundamente y sentí el aroma de la arena cálida, mezclado con ese otro olor a crema bronceadora y a lilas, un aroma de veranos despreocupados, antes de que me importara lo más mínimo el peligro de los rayos UVA y las toxinas del lago. El zumbido de las cigarras casi ahogaba el sonido de las olas que rompían en la cercana orilla.

Qué cambio tan drástico con respecto al calor resplandeciente del asfalto de Glenville, una pista de carreras en la que conducir era una guerra. Bell Harbor parecía haberse quedado detenido en un tiempo que no existía en ningún otro lugar, ajeno a la chabacanería de la vida más allá de sus fronteras. Como un Brigadoon encantado, solo que

aquí la gente no se ponía a cantar y bailar en el momento más inesperado. O quizás sí lo hacían y yo no me había dado cuenta.

Conduje por delante de casas claras en cuyos largos y blancos porches ondeaban banderas americanas. Un perro de aspecto descuidado que llevaba un pañuelo rojo correteó por la acera agitando la cola con fuerza como si se dirigiera a algún lugar importante. Después de la última curva, ante mis ojos apareció el patio de la casa de Dody. Como si se tratara de una floristería de saldo, había flores por todas partes: flores auténticas, flores de seda, flores descoloridas y flores de plástico. Espesos matorrales de azaleas sin podar rodeaban los bebederos para pájaros, bancos de hierro y una variada colección de estatuas de ángeles y gnomos. Sentí cómo el corazón me daba un brinco inesperado y me golpeaba las costillas, como una luciérnaga que trata de escapar de un tarro de cristal.

—¡Hala! ¡Mira todos esos trastos! —exclamó mi hija Paige. Con seis años, era la reina de las obviedades.

—Hay bichos —añadió Jordan, de cuatro años—. Uno, dos, tres, cuatro.

—Eso son gnomos, bobo. Y, además, se supone que no tienes que llamarlos bichos, es de mala educación.

—Y también llamarme bobo, estúpida.

—Ya está bien. A los dos os lo digo. No se le llama a nadie ni bicho ni estúpido —dije.

Los niños habían pasado la mayor parte de las dos horas de viaje desde Glenville sumidos en un acalorado debate sobre asuntos tan simples como qué era más grande, si un elfo o el ratoncito Pérez, si todas las jirafas tenían el mismo número de manchas y sobre dónde se encontraba —y cito textualmente— «el agujero de la caca de una sirena». Jordan, como buen hijo de su padre, siempre tenía que tomar partido en una discusión, por arbitrario que fuera el tema. Y yo tenía la cabeza embotada de tanto oírlos.

Aparqué en el camino de entrada y saqué las llaves del contacto. Paige empujó la puerta y saltó del asiento de atrás como saltan las palomitas de maíz al estallar, seguida rápidamente de Jordan. Corrieron a toda velocidad hasta los frondosos y rebosantes parterres y empezaron a zigzaguear alrededor de las esculturas.

—¡Tened cuidado con todos esos matorrales! —les grité—. ¡Puede que tengan espinas!

Hicieron caso omiso a mi advertencia y siguieron a lo suyo. Por la noche tendría que quitarles espinas de los pies.

Salí del auto y me dirigí hacia las desgastadas escaleras de madera de la casa de tía Dody. Hacía más de un año que no había estado allí, pero abrí la puerta sin llamar. Los viejos de Bell Harbor, muy confiados, ni llaman a las puertas ni las cierran. Y les gusta que los llamen «viejos», una palabra que no suelo utilizar. Pero ya que iba a pasar allí el verano, tenía que empezar a ambientarme.

En ese momento, mi sandalia chocó con la cáscara seca y agrietada de un melocotón y me di cuenta de que, para mi sensibilidad minimalista, aquel tremendo desbarajuste que me rodeaba era como una patada en el estómago. El desorden, tan intenso como perturbador, me dejó sin aliento. Una lechuza de macramé con ojos de madera pequeños y brillantes me observaba vacuamente desde la otra punta de la habitación; la jaula de un hurón, cuyo oloroso inquilino hacía mucho tiempo que había desaparecido, se encontraba desbordada de polvorientas rosas de seda. Sin duda, un gesto para honrar la memoria de su ausencia. Bailarinas de porcelana y cabezones de Elvis competían por el dominio de las estanterías. Una cabeza de arce americano, con astas tan enormes que abarcaban por completo el marco de la chimenea de piedra, lucía, colgada de lado, una gorra de los Detroit Tigers. Sentí una opresión en el pecho. La decoración de mercadillo de Dody siempre me había desorientado.

Nadie podría acusarla jamás de ser un ama de casa meticulosa. Mientras que a mí no se me podía acusar de ser nada más que eso.

—¿Dody? ¿Hola? —la llamé.

El claqueteo de unas patas de perro sobre el suelo fueron un breve aviso antes de que muy poco ceremoniosamente Lazyboy y Fatso, dos toscos y fuertes sabuesos de raza indeterminada y malos modales, me lanzaran contra la pared y me embadurnaran con sus blandos y húmedos besos. Su amor era incondicional y sus babas indiscriminadas. Levanté la rodilla para separarlos de mí, pero, como si llevara beicon en el bolsillo, ellos siguieron insistiendo. Su adoración hacia mí los hacía temblar.

Ay, quién pudiera ser un perro y experimentar una alegría tan desinhibida.

—¡Dody! —grité—. ¡Llama a los perros!

—¿Sadie? Querida, ¿eres tú? ¡Por fin!

Mi tía apareció a toda prisa, agitando los bronceados brazos por encima de sus rubios rizos. Una de dos: o estaba excitada al verme o se había desatado un incendio en la casa. Llevaba un delantal rosa de flores encima de un kimono color turquesa y, con un solo y experto movimiento de su rolliza cadera, apartó a los perros y me apretó, como si de una anaconda se tratase, entre sus robustos brazos.

—¡Creía que no llegarías nunca! ¿Cómo ha ido el viaje? —Con la otra cadera apartó nuevamente a los perros que trataban de saltar sobre mí—. ¿Has venido por Main? ¿Has podido ver la nueva oficina de correos? ¿Verdad que las gárgolas son fabulosas? Menos mal que no has tenido que estar pendiente de la nieve. Claro que estamos en junio, así que no iba a haber nieve. Lazy, deja de pisarme. —Empujó al perro con la mano—. Bueno, ¿dónde están los niños? ¿Están por aquí?

Mi tía era como un maremoto con zapatillas. Y, a saber por qué, con un kimono.

—Están afuera contando gnomos.

—¡Oh! —exclamó con ojos brillantes—. Qué ganas de verlos. ¿Han crecido? ¡Claro que han crecido!

Me empujó hasta la puerta y dio un manotazo a la mosquitera con tal fuerza que se abrió, golpeó el lateral de la casa y volvió a cerrarse violentamente. Dody meneó la cabeza:

—Caray, ojalá Walter hubiera arreglado esta puerta antes de morir.

La abrió con más cuidado y salió al exterior. Bajo la luz del sol, se llevó las manos al rostro al ver a mis traviosos retoños.

—¡Oh! Ahí están los niños. ¿No son preciosos, Sadie?

Paige sujetaba un puñado de ramas que conservaban todavía el cepellón entero mientras Jordan trataba de meterse una piedra del tamaño de un pomelo en el pequeño bolsillo de su pantalón. Cuando los perros brincaron hasta ellos en busca de más besos, los niños dieron un respingo.

—¡Lazy! ¡Fatso! ¡Comportaos! —Dody dio una palmada y los perros se alejaron con el rabo entre las piernas.

—Niños, venid a saludar a la tía Dody.

—Tía Dody, te he traído unas flores —dijo Paige, que corrió hasta nosotras inmediatamente.

—¡Paige! ¡Mamá te ha dicho que no puedes arrancar nada de los jardines ajenos! —la regañé.

—Pero dijiste que eran todo matorrales.

Dody me miró por el rabillo del ojo y, acto seguido, se inclinó y acarició la mejilla de Paige como si fuera una frágil burbuja.

—Corta todas las flores que quieras, querida. Para eso están.

Dody tomó entre sus manos el improvisado ramo y sacudió la tierra contra la seda que le cubría las piernas.

—Son sencillamente maravillosas. ¿Y quién es ese esbelto caballero que está ahí? —preguntó Dody señalando a Jordan—. No puede ser el pequeñajo de tu hermano.

Jordan titubeó. Conocía a Dody pero después del divorcio se había vuelto muy tímido.

—No soy pequeñajo —refunfuñó.

—Claro que no. Si estás casi tan alto como para darle un puñetazo en los morros a Jasper.

Jordan hizo una mueca con los labios tratando de esconder una sonrisa.

Jasper era el hijo mayor de Dody y medía casi dos metros de altura. Era, con diferencia, el más alto de la familia. Se había graduado recientemente en la escuela de cocina, aunque él solía decir, muy ufano, que había estudiado en el Instituto de Artes Culinarias y Dirección Hotelera.

—¿Sabías que Jasper ha conseguido un nuevo trabajo en Arno's, el restaurante más pijo de Bell Harbor, gracias a Dios? Ahora te lo explica. ¡Jasper! —gritó volviendo la cabeza por encima del hombro.

—¿Está aquí? —pregunté.

—Ah, sí, ¿no te lo había dicho? Volvió a casa para poder ahorrar dinero y abrir un restaurante.

En mi cabeza se encendió una alarma. Ella sabía perfectamente que no me lo había dicho, ya que de haberlo hecho probablemente yo no habría venido. Sabía que quería pasar mis vacaciones de verano en una zona libre de hombres. Estando Jasper allí, tendría que compartir el baño con los pelos de su barba y con su falta de higiene en la tapa del váter. Se tiraría pedos y echaría la culpa a los perros. ¡Y yo tendría que llevar sujetador todo el tiempo! ¡Menudas vacaciones me esperaban! Noté cómo renacía mi inquietud.

No había sido una decisión fácil arrancar a los niños de todo aquello que les resultaba familiar. Cualquier visita larga a casa de Dody encerraba un potencial caos. También la mayoría de las visitas cortas. Pero cuando Richard nos prohibió ir, se produjo el punto de inflexión: el regocijo pasivo-agresivo que había sentido al decirle que no tenía de-

recho alguno a impedirnoslo compensaba tener que aguantar a Jasper.

Me dirigí hasta el todoterreno y abrí el maletero para sacar el equipaje. Estaba lleno hasta los topes. Era sabida mi tendencia a llevar excesivo equipaje y había traído conmigo todo aquello que pudiéramos necesitar para el verano y algunas cosas que no íbamos a necesitar. Me gustaba prevenir cualquier posible contingencia. Nunca se sabe si te vas a quedar tirado en algún sitio remoto y vas a necesitar una cuerda o pegamento. Richard solía reírse de mí, pero no tenía ni la más remota idea de cuánto contribuía mi esfuerzo a que sus vacaciones transcurrieran plácidamente.

—Queridos —dijo Dody dirigiéndose a los niños—, en la cocina tenéis juguetes para vosotros. La mayoría son trastos viejos de mi amiga Anita Parker, que acaba de ordenar el desván.

Paige y Jordan lanzaron un chillido y corrieron inmediatamente hacia la casa. A Jordan le bastaba la promesa de juguetes, aunque fuesen juguetes viejos y cutres del desván de una desconocida, para superar su timidez.

—El pájaro de Anita ha muerto —explicó Dody volviéndose hacia mí—. ¿Te lo había contado? ¡Qué tragedia! —Bajó la voz para decir con solemnidad—: ¡Se lo tragó el gato! ¿Te haces idea?

—¿Te refieres al pájaro que me picaba cuando era pequeña? Me daba terror.

—Probablemente —asintió Dody, y me volvió a abrazar—. ¡Oh, qué contenta estoy de que estés aquí por fin! Tres años es demasiado tiempo.

Me desprendí de su abrazo y saqué una maleta más.

—No ha pasado tanto tiempo, Dody.

—Tonterías. Cuando os alojasteis en el hotel no cuenta. —Me apartó el cabello de la mejilla, como si en lugar de treinta años tuviera tres.

—Richard era alérgico a los perros y no podíamos quedarnos aquí.